

tus calzones de paño pardo, tu pelo en guedejas medioeval, tus manos callosas y tus zuecos manchados de estiércol; tú, el *mujik* que cotidianamente has de verter tu sudor para ganar la taza de caldo de berzas; tú, que no te crees nadie, eres un átomo de una cosa muy grande que se llama la voluntad nacional, y tu voto una fuerza que puede contribuir á que la marcha del Estado sea más próspera, los impuestos más llevaderos y equitativamente distribuidos, el porvenir de tus hijos menos precario; tu voto es todo esto, y eres libre para emitirlo según conviene,» el payo se rascaría la oreja, se sonreiría desconfiado y socarrón, y murmuraría con los ojos errantes por el suelo: «Yo voto á quien mande D. Fulano. Hay que votar según nos mandan.»

* *

Tal es la trapisonda electoral, que no engaña ciertamente á nadie, y cuyo resultado peor, á mi juicio, consiste en que impide la formación de las altas personalidades, directivas con justicia, por sus méritos, por su capacidad, por su originalidad y fresca en la manera de entender las direcciones de la política moderna.

¿Quiénes deberían representar á una nación, si estas cosas se hiciesen con algún respeto á la realidad? Sus magnates, sus celebridades, sus prohombres, sin duda; los mejores. Y la representan los tertulianos de un político, los mediocres irremediables, de inutilidad notoria, los intrigantes, los invertebrados y los indocumentados, los antojadizos que adquieren el acta como adquirirían una localidad para los toros, y los mudos del cerebro, cuya lengua trabajosamente articula el *sí* y el *no* de ordenanza.

En casa se quedan los que no poseen el secreto del apoyo y la aldaba..., y en casa se quedarían si hoy viviesen Cervantes, el Cid, el cardenal Cisneros, Aranda (si no tenían de su parte á algún cacique mayor ó menor). Podemos asentir á lo que dice Max Nordau en su *Mentira política*, que los hombres que han suscitado mayores simpatías, ejercido más poderosa influencia sobre las grandes masas, engendrado odios acérrimos y devociones ferventísimas, los genios más altos, los individuos más gloriosos, Goethe, Kant, Carlyle, no obtendrían hoy, ni en la ciudad ni en el campo, un solo voto sin el sostén de esa oligarquía, de esa plantilla y red vasta y apretada de caciques de varias magnitudes.

* *

Como á veces se impone la filosofía del doctor Pangloss, todavía hemos de agradecer que, haciéndolas tan mal, hagan las elecciones estos caciques. La voluntad nacional, no existiendo, mal podría manifestarse; no cabe dejar en libertad para votar, puesto que nadie votaría. Yo conozco infinidad de españoles, inteligentes, conscientes, que no han votado nunca; ni por la imaginación se les pasa ejercer tal derecho. Por indiferencia ó por escepticismo, el derecho es enteramente imaginario. La inercia es ley. La actitud del español ante la urna es, casi siempre, un alzar de hombros. Esta inercia formidable deja el campo libre á los oligarcas. Suelen éstos ser gente que todo el año se esconde; no les encontraréis en ninguna corriente de actividad social, de modo que llegáis á olvidaros de su existencia—hasta que llega el momento solemne de las elecciones.—Entonces averiguáis, de pronto, que ese trozo del mapa de España donde sentáis los pies es propiedad política de D. Mengano ó de D. Prenceno... Ni siquiera de un *don*; de Mengánz ó Perengánz *tout court*, de un sujeto amorfo, borroso, que á la sordina es el amo, es el dueño... «Allí no se hace nada no contando con Perengánz...» oís silabear al gobernador, al ex ministro, al político algo renombrado, de cartel. Pero á su vez, Perengánz necesita que le sancionen, que le corroboren, que le echen tapas y medias sueltas de influencia central..., y así Perengánz pertenece á la influencia, y la influencia á Perengánz pertenece, y cuando le veis pasar por la calle al lado de los orondos senadores y los graves ex ministros, cuchicheando, solícito y reservado á un mismo tiempo, como quien sabe lo que vale y lo que pesa, no podéis menos de recordar *scies* del género chico, y tararear: «Ahí va...» no el *tío del gabán*, sino el de la chaqueta ó el chaqué de diez modas atrasadas, que imprime á la vida política de España más impulso que Ramón y Cajal, Pérez Galdós y otros compatriotas cuyo nombre ha traspasado la frontera.

* *

No por lo que voy diciendo dejaré de reconocer algunos beneficios y utilidades que reportan las Cor-

tes. Pestes se hablan de ellas, pero no nos hemos puesto en el caso de lo que sucedería si transcurriese un largo plazo sin que los gobiernos tuviesen que arrostrar las contingencias de una campaña parlamentaria. Yo creo que estaríamos infinitamente peor gobernados (sin que esto signifique que lo estemos muy bien). Y esta opinión mía respecto á la utilidad relativa de las Cortes, tengo el gusto de que sea la misma de persona tan competente, tan admirablemente condicionada para la política como D. Antonio Maura. Declara este muy ilustre hombre público que el actual estado de hábitos y prestigios de las Cortes casi no admite ya empeoramiento, principalmente por el abuso de las llamadas cuestiones de confianza y el perenne certamen de docilidad y vilipendio á que suelen ser dedicadas las mayorías; pero considera irremplazable, sin embargo, la misión constitucional del Parlamento, y cree que sin las Cortes, toda obra redentora perdería la inestimable calidad de *legítima*. Sin las Cortes, faltarían al gobierno advertencias y colaboraciones de verdadero valor. Ni aun en «lo infimo de su actual depresión» son las Cortes del todo infecundas, pues conservan su oficio preservador por la publicidad de la censura, «y hasta por la misma contraposición é incompatibilidad de los insanos egoísmos.»

* *

Sí; habría que temer más aún si faltase ese reñidero de gallos, esa plaza de novillos, ese aquelarre, ese dormidero y aburridero, ese melonar de cabezas calvas, ese Corral de la Pacheca político que se llama el Congreso de los Diputados... Y creo que (á pesar de la convicción de que en medio de todo, y aparte de los caramelos y las *brancas*, en el Congreso hay algo efectivamente bueno y provechoso) también debo declarar que moralmente le es muy superior el Corral de la Pacheca. Y es que allí, bajo la ficción, está la verdad humana, intensa, del arte, de la hermosura, mientras bajo la ficción del Congreso sólo está la realidad de los apetitos y las concupiscencias.

* *

Dicho todo esto, repaso la lista de los candidatos triunfadores, y ya empiezo á desdecirme ante mí misma (esto me sucede á cada cuarto de hora), reconociendo que entre ellos hay infinitos sujetos de valer, capaces de representar dignamente al país, y que no entiendo por qué, con unas Cortes lucidas, en conjunto, la campaña no había de ser brillante y fructuosa. ¡Dijérase que en esto danzan los malignos encantadores que estorbaron tantas hazañas del Ingenioso Hidalgo!

* *

Cerrada, con esta apreciación involuntariamente benévola, la serie de mis impresiones del período electoral, me acuerdo de que ya se acerca el momento de la visita del presidente de la República francesa á la capital española.

M. Loubet no es, que yo sepa, artista, y por lo tanto no creo que prefiera, en su egoísmo de sensaciones artísticas, la España antigua á la España más ó menos modernizada que le presenten ediles celosos y gobernantes atareados para «quedar bien.»

Si el presidente anduviese enamorado del color, de la fisonomía, de la pátina, de todas esas cosas que seducen irremediablemente á los que una vez las han saboreado, diría con el sueco Grippenbergh, en la bella traducción de Zayas:

«No despiertes, España, del profundo sopor de las pretéritas edades, aunque el cimiento á conmovier del mundo sientas venir tremendas tempestades...
Duerme, duerme, país maravilloso, bajo el azul intenso de tu cielo, que es tu atávico sueño más hermoso, que de otras razas el febril anhelo...»

¡Ah! Si Loubet perteneciese al número de los finos egoístas á quienes agrada ver dormir á los pueblos con tal que duerman así, bajo un cielo magnífico y soñando cuentos sublimes, ¡qué antipáticos le serían los pocos aspectos de vida moderna, de gran capital civilizada, que en Madrid pueden ofrecerse á su indulgente aprobación! Afortunadamente para mi amigo el alcalde de Madrid, Loubet no es poeta, no echa de menos las dueñas, las tapadas, los hidalgos de tizona, las ardientes serenatas, los relámpagos de la hoja de Toledo, ni la gran sombra del Cid Campeador, surgiendo en las infinitas llanuras castellanas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Eter! ¡Colonia! ¡Sal inglesa! ¡Vinagre! Sobre todo jaire, aire! ¡Una corriente que parezca tromba, y en un segundo barra, arrastre, disuelva en las nubes arremolinadas y remotas este ambiente de mentira electoral en que hemos vivido quince días y en que aún nos encontramos envueltos!

Comprendo cuanto del sistema parlamentario se diga, y no se dice poco... Es realmente la más absoluta de las farsas. Y sucede una cosa curiosa: ciertos gobiernos, por lo menos ciertos jefes de partido, sintieron, en momentos dados, la nostalgia de la sinceridad, y trataron de infundir esa sinceridad al mecanismo de las elecciones, prescindiendo de que necesitaban, para no caerse, de ese puntal que se llama una compacta y disciplinada mayoría... Y han sido los oligarcas menores, los caciquillos de provincia y aldea, los que estorbaron tan excelentes propósitos. Substituyendo á la autoridad central, gerárquica y superior, su propia tiranía, se encargaron del funcionamiento de la herrumbrosa máquina, de los ardidés, tretas y coacciones; encargaron una partida de puchereros, requirieron garrotes, amasijaron ayuntamientos..., y la única diferencia fué que el mal no vino tanto de arriba, pero por lo mismo fué mayor. No es la primera vez que vienen de arriba iniciativas, esterilizadas por las capas donde cae ese germen y que no sólo no lo dejan brotar, sino que se asocian para destruirlo.

* *

Nos preside la mentira—ha dicho Costa, con su acostumbrada energía de expresión.—Es poco, sin embargo, afirmar que nos preside; nos empapa, nos penetra como la gruesa niebla de estas tardes de principios de otoño empapa el pelo y la ropa.

Y no es lo peor que vivamos infiltrados de tan continua mentira, sino que nadie, absolutamente nadie, echa de menos, en cuestión de elecciones, ni aun aquella partícula de verdad que debe existir en todo lo humano. Nadie encuentra extraño, sino corriente y natural, que determinados candidatos representen á distritos donde ni poseen una aranzada de tierra, un amigo personal; donde ni han puesto siquiera los pies. Nadie reprueba que, de la noche á la mañana, una orden emanada del despacho de un gobernador cambie, con las sílabas de un nombre, la representación supuesta de la voluntad popular de un distrito. Al que tales cosas comentase, se le reirían en su cara, no solamente los señores que están de vuelta, que cazan largo, sino los payos de mi tierra. Si llamaseis á ese hombre del terruño, á ese payo ladino y cándido á la vez, y le dijeseis: «Mira, esto de las elecciones debiera significar que tú con